

La naturaleza humana, no sé por qué razón, dispone de un filtro que, con el paso del tiempo, va eliminando de nuestra memoria todo aquello que en su momento resultó desagradable para nosotros. No es el caso de mi estancia en Lobera, que exceptuando alguna minucia de poca importancia, que en otra ocasión comentaré, todo lo que allí me ocurrió fue digno de guardar a buen recaudo en el baúl de los buenos e imborrables recuerdos.

Les prometí a ustedes que en esta tercera entrega iba a hablarles de mis alumnos de Lobera de Onsella, y así lo voy a hacer. Han pasado ya 43 años desde aquel mes de septiembre de 1964, y parece que fue ayer. Para que se hagan una idea del estado emocional con el que comencé el curso, les diré que recuerdo perfectamente cuál era el color de mi camisa aquel primer día de clase. No era para menos. Aunque había ejercido un año de provisional en Eriste, Valle de Benasque, ese día significaba mi primera clase como propietario definitivo. Desde el punto de vista personal, era un día importante para mí, que ponía colofón a unos cuantos años de estudio y trabajo, combinados ambos, y a unas difíciles oposiciones para cuya superación había que estar, como quien dice, bien comidos. Creo que ahora me comprenderán si les digo que la camisa que portaba aquel día era de color azul claro, con un rayado fino disimulado, y con las mangas dobladas hasta la mitad del antebrazo.

Tras entrar a saludar a María Ángeles, la nueva maestra de Párvulos, a quien no conocía todavía, continué mi camino hacia mi lugar de trabajo. Contemplada desde el frontón, mi escuela semejava una fortaleza situada allá en lo alto, a la que había que llegar ascendiendo por una calle empinada con el suelo descarnado, irregular, medio empedrado, pero con guijarros sueltos y algún que otro agujero que obligaban al caminante a poner toda su atención a la hora de dar un paso. Al acercarse uno a la puerta de entrada al edificio escolar, había que extremar todavía más la precaución, ya que para acceder a ella debían salvarse unas escaleras dispuestas en forma de abanico, medio desconchadas y desgastadas, que representaban un verdadero peligro para quien transitara por ellas. Pero eso no es todo. Una vez superado ese obstáculo, al asomarse a la puerta se cercioraba uno de que el peligro no había hecho más que empezar, ya que para llegar a las clases había que escalar una larga y pendiente escalera que, observada desde arriba, descendía de forma vertiginosa hacia el vacío. Debo aclarar, para que ustedes no me tilden de señorito criado entre algodones, que todos estos temores no se referían a mi persona, sino a lo que ello podía representar para la integridad física de los escolares. Sin embargo, mis preocupaciones por ese motivo se desvanecieron pronto al comprobar que mis nuevos alumnos, que estaban ya esperándome, se movían por aquellas irregularidades del terreno con la ligereza propia de una gacela.

En un principio, incluso llegué a pensar que tanto las autoridades locales como los padres de los alumnos se desentendían de aquel problema, pero estaba equivocado. Durante el verano

de 1965, si mal no recuerdo, aprovechando el período de vacaciones, se construyó un muro de contención delante de la puerta, desviando las escaleras para ambos lados, como puede observarse en la fotografía de los alumnos. Pero hay más. Como muestra de la inquietud e interés que el alcalde, el Sr. Santos Buey, mostró por la resolución de ese problema, voy a copiar aquí el resumen del escrito que en su momento dirigió a las autoridades de Zaragoza solicitando la subvención necesaria para llevar a cabo esa obra. El hallazgo del documento se debe a Ricardo Vives, investigador entusiasta de la historia y de todo lo referente a Lobera de Onsella, que junto con Pascual Plano, a través de su página web, están volcando toda su ilusión y esfuerzo en la divulgación y propagación, a los cuatro vientos, de todo cuanto vaya ligado al pasado y presente de ese bonito y remozado pueblo. El contenido del documento rescatado por Ricardo, incluido en la web de Pascual, es el siguiente: “21.12.1963. El Alcalde de Lobera, Santos Buey, pide subvención para las obras del pueblo, pues tiene una deuda el ayuntamiento con una entidad bancaria por obras de abastecimientos de aguas y teléfono público, que se espera pagar con los aprovechamientos forestales, pero que no les llega para obrar en la escuela y ayuntamiento”. Como queda claro, en 1963, un año antes de mi llegada a Lobera, las autoridades locales ya habían realizado las oportunas gestiones para resolver el tema de las escaleras, noticia que me ha producido, aún transcurridos tantos años, mucha satisfacción.

Pero con el paso del tiempo, aquel muro que quizá dañaba la esbeltez de la fachada de los nuevos locales del Ayuntamiento y de la Asociación Cultural Sesayo, ha sido sustituido por una transparente barandilla, que sin dejar de desempeñar la función de contención para la que se construyó, le añade un toque de elegancia a la estética del entorno. El resultado ha sido tan satisfactorio, que las propias autoridades políticas, representadas en este caso por el presidente de la DGA, D. Marcelino Iglesias; el presidente de la DPZ, D. Javier Lambán, y la alcaldesa de Lobera de Onsella, D^a. Mariví Cabanes, no han podido resistir la tentación de asomarse a ese púlpito, plataforma idónea para el discurso político en busca del voto. Tomando las fotos de la página web de Pascual, podemos contemplar dos perspectivas diferentes de ese lugar.





[REDACTED]